

HISTORIA Y LITERATURA

Fernando Curiel Defossé
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Filológicas
Seminario de Edición Crítica de Textos

Llamada

No están de moda, en los apacibles y ajardinados *campi*, los otrora feroces combates conceptuales entre Historia y Literatura. Pero los bandos podrían volver a coger las armas.

Me prevengo, deudor como soy de uno y otro.

Story real y argumentos e interpretaciones, la Historia; *story* ficticia y lenguaje figurado, la Literatura. Un simple ejemplo, pero resonante de gloria, lo brinda Sófocles en *Antígona*, una de sus más famosas tragedias.

Muy al comienzo de la obra, el Coro de Ancianos convocado por Creonte exalta la salida del sol —“¡oh ojo dorado!”— sobre Tebas, la de “las Siete Puertas”. Dos son los ríos de la ciudad: Dirce, al Oeste; Ismeno, al Este, por cuyas corrientes brilla día con día el astro rey; pero Sófocles lo hace nacer en las del Dirce.

Licencia, decisión deliberada, en modo alguno producto de la ignorancia o el descuido. Pesa la mayor connotación, representatividad.

Al lector, conocedor de la topografía de la región, le llamaría la atención, lo escandalizaría incluso, semejante cambio. Al asistente a la representación de *Antígona*, nada le sorprendería.

Si el autor mencionara el Ismeno, haría Historia; al mencionar el Dirce, hace Literatura.

El *quid*, la diferencia específica.

Cuestión nodal

Empero, ¿cuál de los dos oficios entre los más antiguos del mundo miente? Ni uno ni otro. La Historia, de mano de la Geografía, constata; el Lenguaje, figura (y trasfigura). Tales sus verdades.

Aunque ahí no queda la cuestión.

Séparse que, deformándola, rehaciéndola, editándola, denostándola, la Literatura —invierto el orden— no puede sin embargo escapar enteramente de los lazos con la realidad. Las categorías, los cauces y los límites que impone a las imaginaciones artís-

ticas más desmelenadas. Ni en la utopía ni en la distopía se ingresa a una dimensión paralela, nohumana. Y la Historia, por su parte, se expresa con las armas del Lenguaje; que tiene sus propias reglas, y provisiones de creatividad, inescapables —para Historiadores y para Literatos.

Unos y otros, *narran*. Y si, posiblemente, el lenguaje oral autoriza ciertas diferencias, respecto a la oralidad “literaria” y la oralidad histórica, el lenguaje escrito las clausura. Mismo abrevadero, mismas reglas. Tomando en cuenta, desde luego, la polisemia de las palabras, “pájaros nocturnos” según Augier. Se recuerda y olvida al mismo tiempo. No sé si, en broma, sostengo por ahí que el DRAE consigna el desvanecimiento del sentido original —si lo hubo en rigor— de los vocablos.

Res pública, res doméstica

Donde sí de plano todo puede enmarañarse en el campo del Poder, asunto asimismo de *Antígona*. Tiende a olvidarse, pero aquí también campean la Historia y la Literatura. La primera en su dimensión inmediata, el acontecer público, si se quiere historia en bruto, material de futura construcción histórica; la segunda en el Discurso político, oratorio en diversos grados, como declaración, Ley y, últimamente, *twitter*. El político habla sin parar, las leyes son ejercicios de construcción retórica y, la “neta”, los mensajes electrónicos no sólo tienen la limitación de un cierto número de caracteres sino que tienden a expresar el grado cero al que ha llegado la palabra pública (Donald Trump a guisa de ejemplo, pero sólo el caso del más salvaje entre otros muchos).

A lo mejor, una diferencia significativa entre ambas disciplinas nace del ámbito espacial. Ante todo público, social, en la Historia. Privado, doméstico, incluso íntimo, en la Literatura.

Sigamos reflexionando.

Nuestro México

A la Historia, como juicio sustentado inconcuso, la puso inopinadamente de moda, entre nosotros, la versión oficial de los atroces acontecimientos de la noche del 26 de agosto, y madrugada del 27 de 2014, ocurridos en la población de Iguala, Estado Mártir de Guerrero. El Procurador General de la República al uso (y abuso) adujo, sin rebozo, una “verdad histórica”. Apelación apodíctica. Versión, no obstante, al punto refutada con buenas y malas razones, *bona fide* y por oscuros (corrijo; transparentes) intereses políticos.

Un laberinto intrincado, que conduce a otro, armado por sospechas, suspicacias, comisiones y subcomisiones, nacionales e internacionales. No deja de asombrar el galimatías que sigue enrevesándose si, como algunos establecen, la Policía Federal mo-

nitoreó en tiempo real, desde el atardecer, los movimientos del convoy de autobuses, requisados por los normalistas de Ayotzinapa que, una vez en Iguala, los condujo a una muerte que se presume atroz. Monitoreo que debió haber continuado durante las balaceras y el posterior desenlace, el que fuere, de la noche nazi. De poco ha servido la defenestración del entonces gobernador, priísta metido a perredista, lo que no tiene nada de raro; la detención del presidente municipal de Iguala, ligado a ojos vistas al narcotráfico; etcétera.

Aunque sin llamarla todavía “verdad histórica”, ahora nos hacemos bolas con lo sucedido el 12 de julio de 2017, a las 5 de la mañana, en el Paso Exprés de Cuernavaca, apenas inaugurado con bombos, platillos y ditirambos al jefe nato de la ESE-CE-TE (así, como Coca Cola, FORD o CDMX, corre su publicidad desatada, en los “medios”, de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes). Un súbito socavón devoró un Jetta, matando por asfixia a sus dos ocupantes, padre e hijo.

Llamándola justamente (¿justamente?), ESE-CE-TE, a la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, su cuestionado titular habló de presuntas responsabilidades de funcionarios —sin incluirse él, por supuesto— y empresas constructoras. Éstas refutan el dictamen. El proyecto no fue suyo (¿de quién, entonces?), sólo la construcción por nota.

El hilo

Tornemos lector, lectora, al punto de la Verdad. Pongamos que a una y otra, Historia y Literatura, las obsede la Verdad. El problema radica en qué tipo de verdad. ¿Un caso para la Ciencia de la Complejidad? No nos pongamos tan post modernos. Sigamos en Tebas, la de “numerosos carros”.

Historia y Literatura encaran el origen y el destino de uno de sus reyes, Edipo. En el supuesto de que tal personaje y trágica existencia hubieran tenido efectivamente lugar. Terminadas sus operaciones heurísticas y hermenéuticas, la Historia entregaría un episodio, un expediente criminal reconstruido hasta sus huesos. La Literatura, por su parte, una obra maestra de la Dramaturgia universal, estremecedores los diálogos letales entre Edipo —en pleno poder— aunque su reino desolado por la Peste y el arúspice Tiresias, ciego más exacto.

En una encrucijada del camino, Edipo asesina, sin saber que lo es, a su propio padre, Layo, rey de Tebas. Sigue su camino y encuentra a Tebas oprimida por la Esfinge. Resuelve el enigma del terrible monstruo y recibe, como premio, el lecho nupcial de Yocasta, la esposa viuda de Layo, su propia madre...

Pasados los años, procreados los hijos Polinices y Eteocles, Antígona, Ismene, la Peste, nueva Esfinge, se abate sobre Tebas. Desolación que sólo cesará si sale a la luz el nombre del asesino de Layo. El propio Edipo reclama la presencia de Tiresias.

TIRESIAS. —Todos han perdido el juicio. Yo nunca revelaré mis desgracias, por no decir las tuyas.

EDIPO. —¿Qué dices, sabiéndolo no lo hablarás, sino que piensas traicionarnos y destruir la ciudad?

TIRESIAS. —Yo no quiero afligirle a mí mismo, ni a ti. ¿Por qué me interrogas inútilmente? No te enterarás por mí.

EDIPO. —¡Oh el más malvado entre los malvados, pues tú llegarías a irritar, incluso, a una roca! ¿No hablarás de una vez, sino que te vas a mostrar así de duro e inflexible?

Ambos se encolerizan. Tiresias revela el nuevo enigma. Yocasta se cuelga en su alcoba. Edipo se saca los ojos y abandona Tebas.

No, no me voy por los caminos de Úbeda. Que Edipo y su estirpe maldecida por los Dioses no hayan existido realmente en la Grecia clásica es verdad que corresponde documentar y emitir a la Historia. La verdad del Edipo de Sófocles corresponde a la Literatura.

Crisis

Quizá dos excesos, uno de la Historia, otro de la Literatura, han terminado por confundir unas relaciones, no por peligrosas, menos bien avenidas, naturales diría. De parte de la Historia, sus pretensiones de ciencia exacta: ardua tarea con las fuentes directas e indirectas, para establecer el pasado exactamente tal y como fue. De parte de la Literatura, a través de la novela histórica, la tentación de una verdad más auténtica que la destilada por los historiadores. Tentación, lo reconozco, más producto de la mercadotecnia editorial, creadora de nichos de oportunidades que son modas, reina de la rentabilidad, que atribuye a los novelistas históricos mismos, no pocos dueños de elevados talentos.

El suceder ha puesto, a fe mía, las cosas en su sitio, respecto a los extremos apuntados. Historia solamente arqueológica, reconstructiva, deja fuera dos componentes esenciales del oficio: la interpretación y la narración. Mientras que, con todo y sus intuiciones, audacia para sumergirse en zonas oscuras, la novela histórica no puede repudiar a la postre su naturaleza literaria. Quizá, por qué no, abre interrogantes y ahonda respuestas. Manes del lenguaje.

Recapitulación

Hoy por hoy, resueltas las escisiones al seno de la Historia y de la Historiografía, en una especie de acuerdo, o pacto, que reconoce —ya lo dijo, intuyó, Alfonso Reyes— una tríada de la que resultan las grandes obras sobre el tiempo humano —sobre todo

el tiempo social—: investigación exhaustiva de fuentes y archivos, garantía de sustentación; interpretación documentada; narración, sustentación y documentación, animadas por la lengua. Cito un ejemplo: *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, de Tony Judt.

En cuanto a la Literatura, si no en la Creación, inefable, misteriosa, sí en la Crítica y la Historia Literarias, ya no digamos en la Filología, el método de la Historia se convierte en una auxiliar de extraordinaria relevancia, al tornar obligatorios el manejo de fuentes, la compulsa documental, la pesquisa en todas direcciones, la interpretación no por tentativa falta de estructura.

Tres son a nuestro juicio las especies de Recepción.

La primera, que llamo anticonceptiva por no generar textos, es la del lector devoto de la buena y la mala literatura (según quién y desde dónde se dictamine). La segunda es la que cubre, o debería cubrir, el periodismo cultural. La tercera es la profesional, la practicada por críticos *freelance* e investigadores de profesión.

Es en esta tercera especie de Recepción donde mejor fructifica la correspondencia Historia-Literatura.

Ahora bien: la historia de una Literatura puede ser de los autores más señalados, deudora de la psicología, el psicoanálisis y aun el chismorreio. O historia de los autores, las obras y los lectores. O por último, historia del sistema literario (SL) en su integridad, léase, Creación, Producción, Distribución, Recepción y Certificación.

Perspectiva, la del SL, no sobra decirlo, que realza cuestiones como las generaciones, los mecanismos de socialización, las revistas, los agentes y las agencias literarias, el Canon. Sin omitirse el escenario dominante: la Urbe, la Ciudad. A la multi-disciplina que abarca todos estos elementos, multi-disciplina en pleno proceso, nutriente de las Humanidades, la Historia Intelectual, la juzgo tropa de refresco de los Estudios Literarios.

Paralelas

En un principio, que no me arredro de justipreciar glorioso, Historia y Literatura fueron consideradas Bellas Letras. Largo y accidentado ha sido el camino seguido por ambos oficios. En medio de hondos conmociones, la Historia renegó de su identidad ancestral, se reconoció supeditada al Poder, se quiso Ciencia, se proclamó Poética.

La Literatura, por su parte, ha vivido la degradación de Bellas Letras a mera Literatura y, finalmente, a texto. Se vio asediada por el estructuralismo lingüístico; por la muerte de los grandes relatos proclamada por la Posmodernidad; por las otras condenas de muerte (estas signadas por una especie de casa de modas, la “French Theory”); muerte del Escritor de carne y hueso (y nacionalidad y sexo), muerte del Autor (mediador entre el Escritor y el Personaje), muerte del Personaje (mediador

entre el Autor y el texto), muerte de la Trama (mero espectro del verdadero *Deus ex machina*: el lenguaje).

Por último, en el seno de los Estudios Literarios, el desdén por la Filología, de un lado, y de las visiones totalizantes de las Literaturas Nacionales (¿hay otras en primera instancia?), de otro, en aras de autores particulares, dedicación no pocas veces facciosa, ocasionó el abandono de una plaza por décadas defendida con buenas artes. *Derelinquir* es el vocablo. *Mot juste*.

Conclusión tentativa

No se trata de ver la viga en el ojo ajeno. Ya hablé del ojo propio, la Literatura. Escalo. Por núcleo “duro” de las Humanidades tenemos el vínculo Literatura-Historia-Filosofía. Su dispersión tuvo efectos en los tres campos. Ya lo he comentado en otros sitios. La Historia toma la plaza abandonada por los Estudios Literarios, revalora el papel del Historiador en su subjetividad, examina la escritura, la composición, los tropos, ejerce de crítica y teórica literaria. La Filosofía sigue sus pasos, medita el tiempo y espacio narrativos, la narratividad. Dicho todo lo anterior de modo por demás superficial.

A lo que voy. Ya lo adelanté: en la crisis de la Historia, brotan por lo menos dos lumbres. La recuperación de la narratividad y una multi-disciplina de renovada riqueza: la Historia Intelectual, que equipara texto y contexto, diacronía y sincronía, mira el cuerpo sumergido del Iceberg, autoriza la categoría del Autor Colectivo y, por ende, replantea la idea generacional, pone el acento en revistas y polémicas, etcétera, etcétera. En su perspectiva integral, concede a la Literatura del Yo (epistolarios, diarios, memorias, autobiografías) un papel constitutivo en la obra del Autor (el individual y el colectivo).

¿Y la Filosofía?

Tema de otra reflexión. La prometo.

